

César Cansino e Israel Covarrubias. SOBRE EL POPULISMO.
En el nombre del pueblo. Muerte y resurrección del populismo en México Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y Centro de Estudios de Política comparada, Xalapa, 2006, 171 páginas. ISBN 968-782-533-2

Este libro pretende dilucidar lo que ha sido el populismo mexicano con una mirada muy amplia, pues indaga tanto los rasgos los populismos clásicos latinoamericanos (Perón en Argentina, Vargas en Brasil y Cárdenas en México), como los de varios populismos europeos. Nos recuerda que en los setenta los gobiernos mexicanos de Echeverría y López Portillo fueron tipificados como populistas. No deja de lado el hecho de que el gobierno de Salinas de Gortari recibió el calificativo de neopopulismo. Y destaca que tanto en el gobierno foxista como en el desarrollado por López Obrador al frente del Distrito Federal se han vislumbrado rasgos populistas.

Los autores insisten que el populismo mexicano ha tenido un sello pragmático y autoritario. Se ha apelado al pueblo con un discurso nacionalista para manipularlo. Están convencidos de que el populismo es un riesgo para el orden institucional democrático. Proponen hacer uso de una conceptualización rigurosa y avanzar teóricamente. Las formas discursivas del populismo se basan en la utilización de la palabra pueblo y en la exaltación de la soberanía nacional. Enfatizan que hay una especial relación entre el líder y el pueblo, pues sin el pueblo no hay política, pero sin el líder populista no existe el pueblo. Advierten que el populismo puede utilizar la arquitectura institucional de la democracia para alcanzar sus objetivos a corto plazo; pero hay ambigüedad porque no se aceptan las reglas de juego institucionales. Los autores exploran los tratamientos de los principales estudiosos del populismo en el mundo. Van juntando pieza tras pieza para armar un entramado taxonómico y conceptual muy sólido. Distinguiendo entre los populismos premodernos y los posdemocráticos ofrecen los mapas de los modelos populistas teniendo en cuenta sus diversos contextos en los que surgen, sus estrategias discursivas, su estructuración de las políticas públicas, su relación con la sociedad, las formas de centralidad de sus liderazgos, sus fuentes de legitimidad y sus componentes militar y cívico. Hay un pormenorizado examen de las continuidades y las rupturas de los populismos mexicanos.

Mientras el populismo cardenista corresponde al modelo clásico (personalista, corporativo y autoritario); los de Echeverría y López Portillo echaron mano de la expansión excesiva del gasto público para asegurar el control político, afianzar una personalización de la política en un contexto autoritario y de represión. El de Salinas corresponde a un neopopulismo autoritario que se afianzó en una excesiva concentración del poder en manos del ejecutivo y sometimiento de los demás poderes, privilegiando las prácticas clientelistas con sobornos e intimidación a disidentes. Pero más allá de la retórica, en los hechos también fue premoderno; movilizó el apoyo de las masas al mismo tiempo que promovía políticas neoliberales. Los populismos de Fox y de López Obrador se encuentran en conflicto, con características discursivas diversas. El de López Obrador lo califican de premoderno; y al de Fox como un híbrido entre lo premoderno y lo postdemocrático. Ambos los ven surgir en contextos de incipiente democratización, con reglas opacas. Los principales actores políticos están sumergidos en un enorme grado de conflictividad, entre chantajes políticos y confusiones políticas. Estos dos populismos han utilizado la tribuna mediática para desplazar sustancialmente el ejercicio de la deliberación necesaria para construir consensos. En Fox hay una mezcla de antipolítico con caparazón democrática; apela a la sociedad civil en un eje de política-antipolítica y en confrontación con la política del viejo régimen. Por su parte López Obrador reacciona agresivamente a la estructuración discursiva de Fox. También es un político fincado en la imagen y en la antipolítico; pero su populismo es categorizado como premoderno. Tanto Fox como López Obrador comparten el elemento de la contractualización estatal y de la tecnificación de la política; y en ambos hay la personificación de la política. López Obrador privilegia la atención a los grupos vulnerables como paliativo inmediato. Fox finca su populismo en la continuidad del gasto social iniciado por Pronasol. López Obrador intenta construir consensos de forma tradicional (clientelar), mientras Fox busca una ciudadanía no clientelar. El gran desafío sigue siendo una auténtica reforma democrática del Estado, pues han prevalecido la ambigüedad institucional y normativa; las camarillas siguen siendo un actor muy activo, y persisten el paternalismo, el corporativismo y la desigualdad. Antes se subsumía a la sociedad en el estado y en el partido, como criterio legitimador de un proyecto de unidad nacional.

Lo importante es que este libro se suma a los estudios que están examinando en América Latina a los nuevos populismos. En el 2005 la investigadora

sudamericana Nelly Arenas publicó *El proyecto chavista: entre el viejo y el nuevo populismo* (www.nuevasoc.org) en donde destaca que el presidente venezolano incorpora elementos del viejo populismo (nacionalismo, planteamiento de la incorporación de los excluidos y militarismo) con rasgos del neopopulismo estilo Fujimori (el cual surge ante el agotamiento del sistema político tradicional); y concluye que se estimula una vinculación directa del jefe y la población en menoscabo de la institucionalidad y la democracia. Robinson Salazar en un texto que se encuentra en prensa en la red de insumisos latinoamericanos titulado *Visibilizando al enemigo* afirma que ha surgido en América Latina un populismo radical al que ve como un fenómeno difuso, heterogéneo y multidireccional con ciertos rasgos autoritarios. Apunta que una izquierda pragmática interesada en buscar reformas que atenúen el impacto neoliberal se han adscrito a este populismo. Afirma que cuando vastos sectores populares y despojados se den cuenta de que el enemigo no es el gobierno sino todo aquel que los despoja, quita el trabajo, impide el acceso a los recursos de la naturaleza (como tierra, agua y biodiversidad), les cierra la puerta a los hospitales y a las escuelas, construirán socialmente al enemigo; y es entonces cuando este populismo radical resulta un peligro para los estrategas del imperio, porque puede resolver el problema de la fragmentación y autismo social. Quien ha estado muy activo en la discusión sobre el populismo latinoamericano ha sido Ernesto Laclau. En las presentaciones que hizo entre 2005 y 2006 de su libro *La razón populista* (FCE, Buenos Aires, 2005) ha enfatizado que el populismo no es intrínsecamente bueno ni malo, y que en sentido estricto no es un régimen. Se ha empeñado en combatir su desdeñosa y peyorativa concepción. Ha resaltado la distinción entre populismos de derecha y de izquierda. Frente a las acusaciones que señalan que el presidente venezolano Chávez es un populista antidemocrático, ha puntualizado que eso es falso pues se sometió a un plebiscito que ganó. Más bien lo ve en instancias prepopulistas incluyendo a sectores que estaban fuera del sistema, lo cual ha despertado antipatías de clase. Ante los que asocian populismo con autoritarismo les recuerda que en América Latina las soluciones autoritarias y represivas han sido monopolio de los sectores liberales. Ha advertido que hay que tener mucho cuidado cuando los tecnócratas le endilgan a alguien el calificativo de populista. Recalca que los gobiernos neoliberales temen al populismo porque saben que cualquier movilización pone en peligro su existencia. Ha enfatizado que los que asocian el populismo con la demagogia y la turba son los mismos

que quieren reducir lo político a lo meramente administrativo, los que quieren reemplazar un gobierno plural por un gobierno de técnicos. Sostiene que el populismo es una forma de pensar las identidades sociales, un modo de articular demandas dispersas y de construir lo político. Laclau ha abogado por un liderazgo populista como una alternativa viable de construcción política y de una identidad popular en un mundo heterogéneo. No lo piensa como una degradación de la democracia, sino como un tipo de gobierno que permite ampliar las bases democráticas de la sociedad. Asegura que el populismo puede garantizar la democracia evitando que ésta sea convertida en mera administración. Este populismo se opone a la concepción tecnocrática del poder. Cuando las masas se lanzan a la política por medio de la identificación con un liderazgo, éste puede ser democrático. Lo que es cierto es que si las masas no participan, el sistema político se reduce al juego de las elites que reemplazan la voluntad popular. En cambio, la lucha de las masas puede coincidir con la afirmación de los derechos humanos, la división de poderes y el pluralismo político. No obstante, Laclau no deja de ver el riesgo de que el lenguaje populista disuelva a tal punto los puntos de referencia institucionales que la sociedad caiga en un proceso caótico (www.fce.com.ar).

Guillermo O'Donnell ha criticado la moda adoptada por ciertos sectores dominantes de llamar populista o neopopulista todo lo que no les gusta. Considera que esa práctica conlleva de hecho la renuncia al concepto. Prefiere adscribirse a las precisiones que circunscriben al populismo a un período particular de América Latina en condiciones económicas, políticas y culturales que ya no existen actualmente (sustitución de importaciones, incorporación controlada de masas al mercado y a los derechos sociales, liderazgos autoritarios pero electorales). Apunta que si eso se saca de contexto el término sólo sirve para efectos retóricos. En cuanto a la postura de Laclau, aclarando que le tiene mucho respeto y que su trabajo es serio, le critica que al hacer al concepto tan abarcante cae en una exageración (entrevista aparecida en *Página 12* el 27 de febrero de 2006). Cansino y Covarrubias, llaman la atención de que hay que tener cuidado de todos aquellos que se justifican en la retórica de que sus acciones son “en nombre de” algo. Y tienen razón, pues aun los que sin miramientos proclaman que actúan “en nombre de la ley” pueden cometer serias injusticias al caer en el error criticado por los latinos de *nimis lex, nimia injuria*. Recuerdan que quienes suelen proclamar que actúan “en nombre del pueblo” han producido terribles con-



secuencias para el mismo pueblo. Lo que pasa es que se apela al pueblo para usurpar su lugar. Han hecho ver que las tesis que han examinado están en la perspectiva de modernizar el sistema político mexicano, pues mantenerlo intacto propicia las peligrosas irrupciones populistas. El libro de Cansino y de Covarrubias, con una visión sobre la realidad mexicana, pero que la trasciende, se suma y aporta luces a una discusión que hay que proseguir.

Reseña de Jorge Alonso

Víctor J. Seidler *La sinrazón masculina*. México: UNAM/Paidós/PUEG/CIESAS. Colección Género y sociedad, 2000. 334 páginas. ISBN 968-853-454-4

Un libro cuyo título es *La sinrazón masculina* provoca diferentes reacciones entre sus posibles compradores, dependiendo de si son hombres o mujeres. Ellas inevitablemente lo toman, con un gesto de comprensión, por lo menos para hojearlo. Ellos lo miran con recelo y difícilmente alguno lo comprará, aunque se quedarán con la duda de cómo un libro editado por una universidad y que además dice también en la portada que se trata de teoría social puede tener ese título que más pareciera abordar asuntos “femeninos” y no “serios”. El tema de este libro es simple: la identificación de la masculinidad con la razón.

A partir de la Ilustración y bajo la premisa de que la razón era lo único que podía guiar y controlar la vida, se dio una escisión de enorme trascendencia en el ser humano, pues se le separó de la naturaleza. Esto implicó que, en particular los hombres, se consideraran (y vivieran) como divididos. Negaron su parte emocional, corporal y espiritual y pusieron todo su énfasis en lo racional. El mundo empírico debía ser dejado de lado y con ello los sentimientos, Todo lo que implicaba naturaleza, integración fue dejado de lado en un afán de civilización. A pesar de los excelentes logros que se pudieron haber esperado en aquellas épocas, ha llegado el momento en que este esquema ya no les funciona a los hombres pues presenta fallas que afectan su propia identidad y su convivencia con los otros hasta provocar incluso el deterioro del entorno. Quizá la clave de